

LIBROS

El hombre del subsuelo

CRÍTICA La primera novela de Mateo García Elizondo es un texto notable

RICARDO BAIXERAS

De esta primera novela de Mateo García Elizondo (Ciudad de México, 1987) se puede decir que, desde una visión contemporánea, ahonda en los tópicos culturales mexicanos en torno al peso del olvido y la muerte. Se puede decir que la memoria juega con la voz potentísima del narrador. Se puede decir que la población del Zapotal vive –o muere– en el limbo donde parece «que el tiempo no pasa» porque ahí se vive «un sopor estático» eterno. Se puede decir que la puerta de entrada a esta ficción en torno a la desolación de «un pueblo fantasma» golpea como una caja de resonancia de aquella primera frase del Juan Rulfo en *Pedro Páramo*: «Vine al Zapotal para morir de

una buena vez». Se puede decir que es un libro trágico sostenido desde «la voz de los muertos» porque ahí «no se siente ninguna compañía ni ningún consuelo, no se siente sino pura ausencia».

Pero a todo ello, que es cierto, habría que añadir la prueba de que estamos ante un texto notable: aquí el lenguaje no es meramente representacional. El tono lo es todo. Y la trama, que se dice pronto, sucumbe también a la lectura. Gracias al susurro del lenguaje el lector queda atrapado en las redes de unos rumores que proporcionan agudeza indagatoria a un narrador «muerto en vida», un narrador despistado hasta decir basta porque ya no sabe, y no le importa, quién vive y quién muere en este pueblo convertido en «un agujero sin fondo,



▶▶ Mateo García Elizondo.

[que] lo devora todo por su camino, todas las formas, toda la luz». Ese narrador que, como el lector asombrado, dice: «Es como si yo fuera uno de ellos, un espíritu que se aferra con terquedad al cadáver que trae cargando».

Y, sí, hay ecos que recuerdan la metafísica del hombre del subsuelo de Dostoievski, el desorden del vacío de Camus, la peregrina-

ción dantesca de «un alma sin rumbo», o el «largo insomnio» por el reino de la muerte de los personajes que habitan Comala. Y, sí, hay también las dosis ciertas de una violencia atávica y ancestral –y muy moderna– que todo lo trastoca, una violencia íntima, solitaria, lenta y suave en forma de un yonqui en busca desesperada y desesperante de su san-

to grial, la heroína: la Lady, que le permitirá «ver a los muertos». El poder de esa enunciación que se muere lo es todo en esta ficción. Una enunciación problemática, fantasmática, extrañamente certera y que da cuenta de cómo hablan los muertos, qué es un bardo o cómo se vive en un pueblo fracasado.

Habría que estar atentos a lo que siga porque esta primera muestra de García Elizondo –al que no hay que presentar como el nieto de García Márquez y de Salvador Elizondo, no lo necesita– parece dejar claro que estamos ante un voz interesantísima, capaz de sostener el pulso de la historia a través de un discurso directo y fluido que fluctúa entre lo contemporáneo y lo ancestral. Ahí radica su solvencia. La orfandad del personaje por morir abre la ficción a la compañía de tantos muertos en vida que le acompañan en su desfile dramatizado por este valle de lágrimas de tal manera que sigue su procesión por los vestigios de la memoria a través de una obscuridad sin forma».

▶ **UNA CITA CON LA LADY**
Mateo García Elizondo
Anagrama
200 págs. 16,90 €



En la mente del asesino ya en 1947

CRÍTICA Dorothy B. Hughes dio pronto voz a un psicópata

MARTA MARNE

1929 está considerado como el punto de arranque del género negro con la publicación de *Cosecha Roja* de Dashiell Hammett. Pero no fue hasta los 40 cuando se consolidó, en parte debido a las adaptaciones a la gran pantalla de un buen puñado de novelas. Fue el caso de *En un lugar solitario* de Dorothy B. Hughes, que alcanzó la fama gracias a la adaptación de Nicholas Ray de 1950 con Humphrey Bogart y Gloria Grahame. Una película brillante que poco tiene que ver con la historia original de Hughes.

Dix Steele es un expiloto de aviones de la segunda guerra mundial. Ha luchado como un héroe, algo que sirve de bien poco

a su vuelta. Los Ángeles no representa el sueño americano que él conocía, y no hay demasiadas formas de ganarse la vida. Las mujeres han ocupado los puestos que quedaron vacantes cuando se alistó, y ellas son libres e independientes. Las reglas han cambiado, y Dix no encuentra la manera de adaptarse a ellas. Por suerte tiene a su antiguo compañero Blub en Santa Mónica. Ahora es inspector de policía. Esta amistad resulta muy ventajosa para Steele, ya que está al frente de la investigación de una serie de asesinatos a mujeres por la zona. Asesinatos que ha cometido el propio Dix.

Décadas antes de la concepción del término *serial killer* y algunos años antes de *El asesino dentro de mí* de Jim Thompson, Hughes ya se había introducido en la mente de un criminal en serie. A través de una falsa narración en tercera persona, Dix nos narra sus frustraciones y motivaciones mediante su propia voz. La aparición de Laurel en escena, una vecina del protagonista que le hace perder la cabeza, invertirá los roles de género habituales hasta ese momento. En 1947.

EN UN LUGAR SOLITARIO
Dorothy B. Hughes
Gatopardo
Trad. R. de España
264 págs. 20,90 €



Hotel Cadogan

OLGA MERINO

Las ninfas de Lewis Carroll

Ni el servicio ni los huéspedes fijos recuerdan una fiesta más disparatada. Se había anunciado la visita de invitados muy principales y, por ello, sacaron la mejor vajilla para el té, la de las iniciales pintadas con pan de oro, HC, Hotel Cadogan. Se prepararon mermeladas, bollos y sándwiches de pepino –«ilos quiero sin corteza y tan finos como un dedo, inútiles!», se oía gritar desde las cocinas del sótano– con el fin de agasajar a la selecta concurrencia que iba llegando: la Liebre de Marzo, el Lirón y el Sombrero Loco; el decano del *college* Christ Church, Henry Liddell, y señora; tres hijas del matrimonio, Lorina, Alice y Edith; la institutriz de las crías, la señorita Prickett, que tanto se parecía a la Reina de Corazones; más y más levitas, chisteras, miriñaques; y, por supuesto, Lewis Carroll, rodeado de un enjambre de ninfas. La merienda imaginaria acabó como el rosario de la aurora, con un estruendo de tazas rotas, un charco de melaza sobre la moqueta, portazos y las niñas correteando en cueros por los pasillos.

El paisaje que hoy se ha colado por los ventanales es el de Oxford en primavera, con sus esquinas cuajadas de hortensias azules, donde el autor de 'Alicia en el país de las maravillas', cuyo verdadero nombre era Charles Lutwidge Dodgson, se *encaprichó* de la criatura que inspiró el relato, la pequeña Alice Liddell, de

11 años... Abordemos el asunto sin circunloquios: ¿fue el diácono Dodgson un pedófilo reprimido? ¿Qué deseos se ocultaban detrás de su pasión por las niñas, a las que retrató incluso desnudas con su cámara de placas de vidrio al colodión? Un misterio demasiado complejo para desmenmararlo aquí.

Ruptura abrupta

En cualquier caso, la relación con los Liddell terminó abruptamente el 27 de junio de 1863; algo incómodo debió de suceder cuando los herederos del escritor cortaron con una cuchilla las páginas de su diario que hablaban del episodio. Como señala Morton N. Cohen en la excelente biografía que publicó Anagrama, Dodgson se ve a sí mismo como un pecador inconsolable en sus escritos íntimos; leyéndolos podría inferirse que el diácono sufrió tormentos indecibles para aplacar sus energías sexuales, pero el suplicio dejó a la posteridad uno de los mejores cuentos infantiles de todos los tiempos. Aquí, en el Hotel Cadogan, nadie juzga a nadie.



El autor de 'Alicia en el país de las maravillas' se pinta en sus diarios como un pecador inconsolable